

nada temais. El se os ha manifestado después de su Pasión dándoos pruebas de que vivía, apareciéndoseos hasta su Ascensión, y hablándoos de las cosas más pertinentes al reino de los cielos; haciéndoos ver palmariamente que los que buscan al Crucificado nada han de temer, porque le hallarán resucitado y con él resucitarán a nueva vida, despojándose del hombre viejo y purgándose del fermento de la malicia para vestirse del hombre nuevo y nutrirse con el purísimo pan de la Divina palabra que conforta el alma y hace gustar y saborear las cosas celestiales teniendo por despreciables y desabridas las terrenas.

¡Oh Divino Rey de los hombres! Rígelos a todos y exáltalos hasta la eternidad. Levanta a los pobres de sus terrenos deseos, y a los necesitados apártalos del apego de las criaturas, reputadas, con sobrada razón, como estiércol despreciable, por el Apóstol; convénzanse todos tus enemigos de que tú burlarás todas las maquinaciones que fabriquen en contra tuya y de tu Iglesia Santa, cuando ellos se consideren más ciertos de su triunfo sobre tí, Rey de la gloria. ¡Oh Poderosísimo! Yo te admiro más anonadándote a ti mismo, tomando la forma de esclavo, y haciéndote obediente hasta la muerte y muerte de cruz, que viéndote triunfador de los enemigos que fabricaron tu Pasión, y contemplando absorta la muerte que por vez primera se miraba a sí misma derrotada, al salir glorioso de entre sus garras de corrupción el que lleva en sí la vida esencialmente. Tú al morir destruiste la muerte y reparaste la vida resucitando, y pues que, por humilde y obediente, mereciste un nombre que es sobre todo nombre y un eterno reinado en el que recibirás de todos los bienaventurados glorioso vasallaje, haz, que todos nosotros seamos del número de los que alabándote doblemos ante ti la rodilla, aclamándote por nuestro Redentor y que vivamos siempre extasiados de amor suspirando por cumplir eternamente tu voluntad. Amen.

